

Apología del limón dulce y el paisaje

YOLANDA OREAMUNO

He bebido en este limón todo el tibiador de mayo.

La tarde tiene una dulzura en la que no creo. arriba, en los árboles, ahí donde en esta tarde gris el aire azulea, ahí en el punto más alto al que pueden llegar los olores de la tierra saturada de verde y humedad, existe una zona neutra para el pensamiento. Para el espíritu demasiado denso de carnalidad que no sabe elevarse y lo bastante sutil para transformar esta imposibilidad en ferviente deseo, esa zona neutra, violada, vagarosa, tiene el imán de un sueño.

El limón que muerdo tiene una arquitectura secreta en góticas catedrales de cristal.

En ese punto del paisaje, no tan alto como un imposible, ni tan bajo como yo, el delineado se pierde, la realidad se opaca, hay un margen vivo y estrecho para la fantasía. Los troncos de los árboles son en su nacimiento demasiado vigorosos, tienen duras escarnas de bordes levantados que desnudan impudicamente el corazón leñoso; las raíces, si afloran, remedan un afán de esta estabilidad desesperada, y si se esconden, maltratan la piel de la tierra hasta rajarla en su titánico esfuerzo de permanecer, de no moverse, de ser, a pesar de todo, indefinidamente. Las hojas aquí abajo visten verde tan intenso, que la afirmación rotunda del color se pierde en una masa de densos relieves anónimos. Reverbera el color, más definido que la tarde gris, en grito opuesto a ella, que solo logra, en su histeria, subrayar la opalina evanescencia del crepúsculo.

El limón tiene entre los jo-

Para Yolanda Oreamuno la palabra tuvo siempre un fuerte poder de convocatoria. Imaginativa, peligrosamente incisiva, cualquier tema pareciera cobrar en ella un magnetismo insospechado, propio únicamente de su estilo literario



Yolanda Oreamuno entre amigos, en El Cedral, Aserri, durante una de sus últimas visitas al país.

yeles de su pulpa múltiple, almidonados tabiques blancos que regulan, crispados y húmedos, el gusto pronto a desbordarse en el dulzor uniforme de la fruta.

El aire claro trae la noche y trae también olores viajeros. En su homogénea existencia cristalina, hay escondidos remotos olores que han andado mucho para llegar hasta aquí. Casi todos son olores vírgenes. Vagan por la atmósfera y pasan frente a nosotros desascontumbrados a gustarlos y se van sin haber sido violados. El penetrante conocido olor de humanidad que tiene graz a dolores, a

suciedad, a miseria. El desabrido, pálido humor de la tierra. El fugaz de las flores que se donan todos los días inútilmente en espera del gustador imposible, olor que parece venir embriagado de color y vitalidad. El humilde aroma de las piedras musgosas que retienen la humedad de la lluvia, la

encariñan, la hacen hervir en el amor de sus requiebros íntimos, y la lanzan al viento en caldeados vapores de poco vuelo, que pasarán tan bajo, tan bajo, que solo los insectos sensibles notarán su existencia. El olor erecto, agresivo, frío, de los materiales reconstruidos por la mano del hombre; olor sin calificativos, sin personalidad, presente siempre, el único olor que llega a todos, y que todos conocen, y que todos desean.

La piel amarilla clara del limón yace a mis pies, en blandas cunas oblongadas de lecho níveo, lunadas de soles oleosos y aromados en su cubierta exterior.

La noche cae despacio y aburrida. El drama vegetal se anega en sombras; la unifor-

midad del color va ganando espacio a los contornos, que un momento antes, en trágica despedida, se afirman definitivos para hacerse ver una vez más, la última, plenamente. Ese minuto de alarido monstruoso en que la planta quiere vivir su única vida bifásica de silueta y colorido antes de perecer en negro, es magníficamente bello en los tonos delirantes que el crepúsculo presta a sus personajes. Robusto se planta el árbol, tronco y ramas en verde veronés, recortado y palpante sobre el engañoso fondo del celaje. Ya no tiene mórbidos lineamientos: es un hecho plano, oscuro, que se alza, único instante móvil en su inmóvil existencia, saltando angustias sobre su propia muerte, y se coloca, audaz figura de carácter, poniendo en su doloroso movimiento una distancia inmensurable entre él y la postrera nube coloreada por el postrer rayo de sol. La tierra muere primero que todos, resignadamente, como siempre supo morir, humilde y estremecida. Las flores brillan en la semiluz, bailarinas, se recogen luego íntimas consigo mismas, abrazadas a su propia belleza, y parecen suicidas silenciosas para salvarse de ser muertas por la sombra. Los olores que viven en el viento, no en el color, se intensifican al anularse la vi-

sión y quedar concentrada la sensibilidad en dos sentidos, el tacto hirviente que añora el sol y se crispa, poro múltiple, al frío y la humedad, y el olfato dilatado en profundidad y extensión para absorber los locos olores que ya no tiene dirección ni procedencia. Los olores que se desnudan totalmente, en la oscuridad. Que se acercan e incitan, que se entregan. Los que pasaban vertiginosos e inasibles momentos antes, se incrustan tenaces, abiertos, todos a la vez, en báquica orgía de perfumes, y ya no se sabe si son muchos y definidos, si es el humilde olor de la tierra este enervante aroma sensual que sube pesado como una promesa por el aire; si es el casto olor de las piedras este tibio, jugoso, circunvalante gusto que pulsa la sensibilidad; si es el argentino, transparente olor de las flores este mieloso, espeso, perfume que gana la atmósfera, la oprime y la domina, persistente, abrazador, embriagante, olor impositivo, el que horada los sentidos y permanece allí, seguro para siempre.

El limón amarillo de pulpa gótica, ha dejado en mis labios un regusto amargo, peregrino, que por inusitado tiene la maravilla ignota de una sorpresa, y por seco, oportuno y cierto, tiene el sello de una olvidada, añeja elegancia.

*Ven, aunque sea un momentito.
Tengo miedo, he pensado cosas
trascendentes que me aterran.
Creo que mi ser fino, en su
cobardía, no responde a las
exigencias de mi destino -
He pensado y pensar asusta
porque acerca a Dios -
Aunque sea un ratito*

Yolanda

Una de sus patéticas demandas de compañía en horas de crisis. Mensaje dirigido a Lilia Ramos